

# Históricas Digital

James Creelman

*Díaz, jerarca de México*

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)  
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## XXXI

EL ORDEN DEPENDE DE LA FUERZA,  
EL PODER DE LA LEY DEPENDE DEL ORDEN

Un viejo dicho reza que para alcanzar los mejores frutos de un árbol hay que sortear las espinas y los cardos. Eso se aplica a hombres y árboles por igual. La historia no ofrece ningún ejemplo de una persona buena o grande quien no haya sido blanco de la envidia o la maldad.

Una de las calumnias más persistentes que hicieron correr los enemigos del presidente Díaz decía que en 1879 ordenó la matanza a sangre fría de sus opositores en Veracruz. Esta leyenda se ha repetido durante muchos años con lujo de grotescos detalles. Cada vez que un puñado de aventureros cae en el viejo delirio del sueño revolucionario —olvidando que México ahora es una nación poderosa y unida— la historia relativa a Veracruz vuelve a empezar, con espantosas insinuaciones de un déspota culpable que por pura sed de sangre decretó el asesinato de hombres inocentes.

La verdad lisa y llana en este asunto, que se establecerá en el presente, demuestra que la leyenda de Veracruz no tiene más fundamento que otros ataques que recientemente han lanzado contra el presidente

Díaz y su gobierno escritores ignorantes y sensacionalistas que sirven, tal vez en forma inconsciente, a los intereses siniestros de fanáticos, buscadores de cargos desilusionados, promotores de contratos, chantajistas —que esperan que compren su silencio— y revolucionarios cuyas actividades no han pasado de ser revueltas locales.

Mientras en su primer mandato el presidente Díaz ponía los cimientos amplios y profundos de la paz y el progreso de México, con la intención de cambiar la mentalidad del pueblo hacia la industria y establecer un equilibrio entre los ingresos y egresos de la nación, Sebastián Lerdo de Tejada, a quien había expulsado del poder, permanecía en Nueva York y a la distancia trató de llevar a cabo otra revolución. El brillante abogado y político no pudo percatarse de que el ascenso de Porfirio Díaz al poder supremo había marcado el final del periodo revolucionario de la historia mexicana.

En apoyo a la conspiración de Lerdo, el general Escobedo invadió México procedente de Texas y envió expediciones armadas a los estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. Esta insurrección fue sofocada. Sin embargo, en reconocimiento a los servicios que Escobedo prestó al país en el pasado, el presidente Díaz lo perdonó con magnanimidad.

En el sur, el general Diego Álvarez se negó a trabajar en la administración nacional y amenazó con un levantamiento, pero el razonamiento persuasivo del Presidente venció su oposición de manera pacífica.

En 1879 el general Negrete emitió un discurso al país llamando a los partidarios de Lerdo a levantarse en armas. Desde su escondite en la ciudad de México, por algún tiempo Negrete siguió enviando cartas exaltadas donde invocaba el espíritu de guerra. Nadie respondió a sus llamamientos.

El presidente Díaz observó estos signos del antiguo espíritu revolucionario con todo detenimiento y severidad. Sabía que otra grave guerra civil ocasionaría que México regresara al caos, la bancarrota y el descrédito, y tal vez abriría el camino hacia la pérdida de la independencia mexicana. Todo el destino de la nación dependía ahora de su vigilancia y fuerza.

En ese preciso momento el general Fuero, uno de los conspiradores más valientes de Lerdo, llegó a Veracruz después de visitar a su líder

en Nueva York. A Fuero lo arrestó de inmediato el general Luis Terán, comandante militar de Veracruz, un veterano compañero de armas de Díaz, y uno de sus seguidores más fanáticos. El general Terán parecía tener la idea de que todo opositor del presidente merecía la muerte. Era un hombre nervioso, irascible, de gran valor aunque juicio precipitado. No existía un motivo personal para que el presidente Díaz quisiera perdonarle la vida a Fuero, quien había derrotado a su pequeña tropa en la batalla de Icamole. No obstante, tan pronto como se enteró del grave peligro que corría su enemigo, hizo que don Pablo Macedo, titular de la Subsecretaría de Gobernación, fuera a ver a Terán, con órdenes de que mantuviera ileso al prisionero y que un tribunal ordinario investigara su caso con imparcialidad. Terán declaró violentamente que no accedería a que escapara ese traidor, pero Macedo repitió las órdenes del presidente con tal dureza que el comandante cedió. El tribunal lo puso en libertad por falta de pruebas convincentes. De este modo el presidente Díaz salvó la vida del hombre que lo había derrotado en el campo de batalla en la crisis suprema de su vida.

El último intento de los partidarios de Lerdo para lanzar al país a otro periodo de revolución fue en junio de 1879. En ese mes la tripulación del barco Libertad destinado a despachos militares, que estaba en el puerto de Alvarado a unas treinta millas de Veracruz, se rebeló contra el gobierno y partió con su nave hacia esa ciudad. También se informó que se había amotinado la tripulación de otro barco armado, el Independencia.

Cuando el presidente Díaz recibió estas noticias alarmantes, dos oficiales de artillería le informaron en secreto que en la guarnición de Veracruz había una conspiración para sublevarse tan pronto como los barcos rebeldes aparecieran en el puerto. No se podía perder ni una hora ni un minuto. La paz del país dependía de que se emprendiera una acción rápida, segura y seria. El general Terán había advertido al presidente de la existencia de una conspiración revolucionaria contra el gobierno.

Este fue el telegrama que envió Terán: “Hay militares complicados en la conspiración. Si se levantan ¿los fusilo?”

No había tiempo para debatir. Las vidas de miles podrían sacrificarse por una demora instantánea, porque en ese mismo momento habían

informado a Díaz que el Libertad amotinado entraba al puerto de Veracruz, que era la señal convenida para el alzamiento de la guarnición; y no podía haber más que una respuesta a una revuelta entre las tropas regulares.

El presidente respondió por telégrafo a la pregunta de Terán con tres palabras: “En caliente, sí.”

Estos dos telegramas se consiguieron en los archivos oficiales de la época y revelan toda la historia de la relación de Díaz con el asunto.

Se verá que el presidente autorizó a Terán para fusilar a los soldados y sólo si era “en caliente”, es decir, en el acto mismo de la rebelión. La mente más ingeniosa no puede tergiversar esas tres palabras, tomadas en relación con el mensaje al que respondían, interpretándolas como la más mínima autorización para ejecutar civiles, con o sin juicio previo.

En un arrebato de ira, el general Terán mandó fusilar a nueve hombres en forma sumaria. Varios de ellos eran civiles. El presidente Díaz destituyó al comandante y lo sometió a corte marcial. El tribunal lo encontró culpable de rebasar su autoridad y él confesó su falta, alegando en su defensa la ansiedad que sentía por salvar a la nación de la guerra civil. Acto seguido, en vista de la obvia condición mental de Terán, y en consideración de sus anteriores servicios a la patria en el campo de batalla, el tribunal suspendió todas las otras penas, a excepción de la pérdida de su puesto. Poco tiempo después, a Terán lo encerraron en un manicomio donde murió tres años después, loco de atar.

Esta es la verdadera e incontrovertible historia de la famosa “matanza de Veracruz”. Cabe agregar que, en la actualidad, las familias de las personas que Terán ejecutó se cuentan entre los partidarios más fervientes del presidente Díaz.

Lo cierto es que, si bien el presidente reprimió de inmediato y a veces de manera sangrienta todos los esfuerzos de Lerdo y sus amigos por reavivar la insurrección armada como elemento en la política mexicana, continuó con una política visionaria de acuerdos mutuos y conciliación. Aun cuando Iglesias, quien había intentado tomar la presidencia, regresó a la capital, le permitieron vivir con tranquilidad.

Márquez de León intentó hacer otra rebelión en Baja California y el general Ramírez Terrón, en Sinaloa, pero las sofocaron. Las cosas se calmaron y hubo una paz prolongada. El aventurero militar más demente comenzó a entender que bajo la administración del presidente Díaz el gobierno de México no podía cambiarse mediante una revolución. Para garantizar la paz, el presidente confirmó la autoridad británica en Belice, u Honduras Británica, exigiéndole a Gran Bretaña un acuerdo para evitar el contrabando de armas a través de la frontera destinadas a los rebeldes y maleantes indígenas mayas de la península yucateca.

Pese a la terrible situación existente en el país cuando Díaz asumió el poder nacional, los asuntos internos y externos de México prosperaron rápido y las situaciones más embrolladas se ordenaron bajo su liderazgo fuerte e inteligente. En el primer año de su administración, los ingresos totales del gobierno ascendieron a \$18087774, lo que incluía la cantidad remanente del año anterior. Al año siguiente los fondos en el erario nacional aumentaron a \$20 477 780, el máximo desde la restauración de la república en 1867. Este excelente resultado se logró sin valerse de impuestos extraordinarios ni métodos desusados. El comercio crecía a pasos agigantados.

Aunque el Presidente obró prodigios al resolver la deuda pública, economizando en el gasto público y alistándose para la reactivación de la industria en el país, su mirada estaba fija en la paz, prolongada, general e ininterrumpida —una paz producto del gobierno constructivo y persuasivo, respaldada por la fuerza, aunque cuando era necesario se mantenía sólo por la fuerza— como preludio y acompañamiento indispensables de la regeneración nacional.

Puesto que la idea central del Plan de Tuxtepec, con el cual Díaz encabezó su exitosa revolución contra Lerdo, era la prohibición de la reelección de los presidentes y como el propio Díaz hizo que esa solemne promesa se incorporara en la ley fundamental de la nación, hubo indicios de una inquietud y una ansiedad generales a medida que se acercaba el final del primer mandato del presidente.

Los críticos ignorantes o mal intencionados del México moderno son muy proclives a comparar esta actitud de Díaz, en sus primeros

días de poder, con su ocupación continua de la presidencia durante casi una generación. La ininterrumpida tranquilidad y progreso del país y la unificación de la sociedad, donde antes hubo conflictos, debilidad y odio, son a la vez la explicación y la justificación de su proceder. El gobierno no puede reducirse a las limitaciones inmutables de un credo abstracto; debe juzgarse por las consecuencias.

En 1880 había muchos hombres capaces en México quienes consideraban que sería un crimen contra el país que Díaz dejara el poder y se corriera el riesgo de que el país volviera a la guerra civil. El presidente reconocía la fuerza que tenían sus argumentos. Observaba que la vida de la nación, muy poco consciente, podría quedar expuesta a los peligros abrumadores que representan las exigencias cambiantes de la política, una vez que su férrea mano se apartara del control. Sin embargo, se sentía obligado a obedecer la ley que prohibía elegir a un presidente para un segundo periodo. Él había propuesto la ley en beneficio de la paz. A pesar de toda la presión para que permaneciera en el poder, su sentido del honor y su lealtad patriótica a la causa por la cual había derrocado al gobierno de Lerdo, lo obligó a anunciar que debían elegir a un nuevo presidente para que lo sucediera. Más aún, en su último mensaje al Congreso antes que se retirara del Palacio Nacional, sin consultar a su gabinete, agregó una oración a ese memorable documento, declarando que nunca volvería a aceptar el cargo de presidente. Cuando los ministros vieron lo que había escrito protestaron y le pidieron que lo quitara, pero él insistió en hacerlo a su manera y el mensaje se quedó tal como lo escribió. El reto de los acontecimientos posteriores y ver que su país temblaba al borde de un abismo de desdicha y vergüenza lo persuadieron después para cambiar de opinión y rendirse a la lógica de la historia mexicana. Pero en 1880 insistió en retirarse al final de su mandato oficial, cumpliendo así con los términos de la Constitución y el espíritu de la revolución que lo llevaron al liderazgo y la autoridad nacionales.

En esta crisis le dio todo su apoyo al general Manuel González como su sucesor. Este valiente soldado resultó ser un administrador torpe y corrupto, bajo cuya mirada el gobierno fue saqueado y desacreditado.

No obstante, cuando Díaz se retiró de la presidencia, la necesidad inmediata de México era la paz, sobre todas las cosas. Incluso la honradez en la administración era menos importante que la fuerza para mantener unida a la joven república. Sin eso, todo lo demás era vano. El general González fue un hombre de fuerza heroica e inquebrantable. Ese mismo año había vencido y pacificado a los indígenas rebeldes de Tepic, quienes habían atracado al país desde que Lozada, su gran jefe de bandidos, fue asesinado. También terminó con la insurrección del general Terrón. En lo personal era leal a Díaz, quien tenía muchos motivos para creer que él estaría atento y sería honrado. Sin embargo, al usar su influencia a favor de González, lo principal en la mente de Díaz no era tanto que resultara ser un estadista, sino que su habilidad y valor como soldado fueran suficientes para evitar que el antiguo espíritu de guerra hiciera naufragar a la república antes de que despertara por completo la conciencia nacional y que las influencias de la industria, el comercio y la educación tuvieran tiempo de producir la unidad de esfuerzos y objetivos y el amor al trabajo pacífico, que es el más eficaz desalentador de la guerra.

Por tanto, con el aval del presidente Díaz, el general González fue elegido presidente para el mandato ordinario de cuatro años y tomó posesión el día 1 de diciembre de 1880.

En un mensaje a la nación, donde explicó el trabajo de su administración, Díaz declaró que sin la paz, garantizada a cualquier costo, la ruina de la república era segura y prometió dar todo su respaldo a González.

Si antes de morir —dijo en su declaración de despedida— la moralidad está arraigada en nuestra sociedad y en la administración pública; si el pobre encuentra en su país pan e instrucción y si el rico tiene suficiente confianza para invertir su capital en las empresas nacionales; si de un extremo a otro de la república, con su fuerte voz, despierta y empuja a la acción a todos los mexicanos, ese bello espectáculo satisfará mis deseos; y si no se me concede ver esto, incluso después de muchos años, llevaré conmigo la esperanza de



que mis hijos, así como los suyos, gozarán durante más tiempo ese periodo de felicidad en cuya preparación el autor de su existencia ha tenido una pequeña parte.

Después de retirarse de la presidencia obedeciendo la Constitución, Díaz dio francos indicios de que su espada estaba lista para apoyar a su sucesor al trabajar del 1 de diciembre de 1880 al 30 de noviembre de 1881 en el Gabinete de González como Secretario del Departamento de Fomento (la promoción de obras públicas, agricultura, minería, colonización, etcétera). El jerarca de México, quien había puesto en marcha los sistemas de ferrocarriles y telégrafos en todo el país; había logrado pagar a tiempo a los funcionarios y empleados públicos; había mejorado las condiciones de tal manera que las exportaciones de México aumentarían en dos años de \$24 000 000 a \$32 000 000; y, en menos de cuatro años, había elevado a su país a los ojos del mundo al saldar puntualmente todas las deudas e imponer la tranquilidad y el orden; ahora trabajaba animadamente en el gabinete de su sucesor.

En tanto se desempeñaba en el gabinete del presidente González, Díaz inició el trabajo que transformó al puerto de Tampico en un puerto comercial moderno y aplicó su inteligencia y energía en otras mejoras prácticas. Pero se dio cuenta de que algunos de sus colegas sentían envidia de su poder y renunció a su puesto.

Al ocurrir esto, el pueblo de su estado natal lo eligió gobernador de Oaxaca y, al mismo tiempo, fue elegido para el Senado nacional. Por supuesto, optó por el servicio ejecutivo en lugar del legislativo.

Como gobernador de Oaxaca, Díaz reformó por completo los asuntos del estado. Reabrió escuelas que estaban cerradas y estableció cientos de nuevas escuelas. Su interés en la educación parecía ir de la mano con su interés en el comercio, la industria y la agricultura. Los agitadores malévolos que han buscado crear la impresión de que este gran forjador de la nación es un simple líder militar que ocupa el cargo por la fuerza armada en medio de un pueblo mal dispuesto, desconocen o suprimen la evidencia de su constante y fructífero servicio al crear y fomentar los medios para el desarrollo pacífico. No se olvidará que aun mientras su

ejército sitiaba a las fuerzas de Maximiliano en la capital, Díaz empleó sus fondos militares para proseguir con el trabajo de preparación para el alcantarillado del Valle de México. Así también, cuando escapó de su prisión conventual en Puebla y tomó por asalto la ciudad de Oaxaca, incluso mientras organizaba su ejército para desalojar a los invasores de su país, mostró la visión fundamental de su calidad de estadista al inaugurar una escuela importante para niñas.

Durante sus cuatro años como Presidente, todo su pensamiento lo ocupaban los medios para evitar la guerra en el futuro. Ya retirado del Palacio Nacional, demostró el mismo espíritu al gobernar Oaxaca. Aclaró las finanzas confusas, eliminó la extravagancia de la administración y los dirigentes dejaron de estar atentos a la intriga política y se centraron en las mejoras públicas prácticas. Fue entonces cuando Díaz hizo grandes esfuerzos para promover la construcción de un ferrocarril en el Istmo de Tehuantepec. Su mente se aplicó directamente a las obras públicas grandes y viables. En su época de mozalbete comandante militar hizo mucho por mejorar la sanidad y otras condiciones materiales de Tehuantepec; como gobernador de Oaxaca, incluida esa región, luchó con todas sus fuerzas por que se hiciera realidad el gran ferrocarril interoceánico que más tarde concluyó, como presidente, con sus dos grandes puertos modernos, abierto a su país y al mundo. Pero sus servicios más distinguidos como gobernador de Oaxaca fueron en el sentido de la educación pública.

Después de reorganizar la administración de su estado, Díaz se retiró y fue a vivir a la ciudad de México.

En 1882 conoció a la bella hija de don Manuel Romero Rubio. Este distinguido abogado había sido el principal ministro del Gabinete del presidente Lerdo, por lo tanto, era el líder natural de los opositores políticos de Díaz. Su hija Carmen, una joven de singular belleza, inteligente y muy educada —hoy día es fácilmente la figura más querida y encantadora de su país— llamó la atención del soldado-estadista, cuya primera esposa falleció en el Palacio Nacional mientras era presidente. Se enamoró de la bella hija de su antiguo enemigo político. En un principio el señor Romero Rubio no vio con buenos ojos el cortejo del

héroe. Un abismo de recuerdos amargos se abría entre los dos hombres. Sin embargo, Díaz ya había inclinado a sus divididos compatriotas hacia un espíritu de reconciliación. Ningún hombre razonable podía guardar en su contra los resentimientos del pasado, después de que había trabajado durante años para garantizar un presente y un futuro pacíficos y armoniosos. Su nombre ahora era sinónimo de tranquilidad, unidad y progreso, así como en el triste pasado se le identificaba con la guerra inflexible; su fuerza era una garantía contra la reacción, la corrupción o la revolución.

Al final Díaz triunfó y desposó a la bonita joven, cuya dulce y gentil influencia ha suavizado su vida y adornado su gran posición en todos los años ajetreos y cruciales que han seguido.

Aun en esa hora, Díaz dio otra señal de reconciliación a los elementos divididos de México cuando accedió a que el arzobispo Labastida, uno de los antiguos archienemigos del partido liberal, oficiara la ceremonia de su casamiento. Esto iba de acuerdo con la grandeza de espíritu que después lo inspirara para invitar a representantes de las principales familias clericales a aceptar cargos públicos y ocupar un lugar junto a sus anteriores antagonistas en el trabajo de cicatrización de las heridas de México, y la transformación de las corrientes del pensamiento y la energía nacionales en canales creativos.

La visita de Díaz y su esposa, recién casados, a los Estados Unidos en ese momento fue ocasión de muchas demostraciones notables del respeto y admiración estadounidenses por el hombre que empezaba a ser reconocido en todos los países civilizados como el dirigente mexicano más fuerte, prudente y digno de confianza.